

prendieron y expresaron en maravilloso lenguaje el divino y providencial objeto á que se creían llamadas. Debe notarse, para comprender todo lo que la Virgen, su prima Isabel y Zacarías dijeron en esta ocasión suprema, repitiendo las profecías, el carácter por todo extremo republicano de Israel. Los profetas judíos aseméjense á los antiguos tribunos. Alzados éstos frente á frente de los reyes, alzados aquéllos frente á frente de los conquistadores, opuestos los unos á la monarquía de Judá por su carácter laico, los otros opuestos al imperio de Nínive y al imperio de Babilonia por sus caracteres de conquistadores y tiránicos, tendiendo siempre á separar Israel de los contactos extranjeros mientras los reyes tendían á unirlo con el extranjero, las liturgias proféticas, ante todo y sobre todo, aparecen un sistema de republicanismo verdadero, sugiriendo al Evangelio y á los evangelistas todos, en aquella hora de grandísima exaltación política, el espíritu democrático irradiado por sus páginas. Pasmosos destinos de la humana libertad, que deben fortalecernos y consolarnos en los combates por el humano derecho. Cuando las Fulvias picaban rencorosas con su áureo alfiler la fluyente lengua de Cicerón; cuando las Julias convertían Roma, la Roma de los tribunos, en lecho de sus prostituciones cortesanas; cuando mo-

rían Catón y Bruto, no encontrando esperanza en sus corazones patriotas ni luz en el cielo infinito; al caer la humanidad esclava y al podrirse la raíz de toda vida, el ideal femenino, dos mujeres, que llevaban en su conciencia el espíritu de Dios y en sus vientres el Bautista y el Redentor, proclaman la república de las almas, que veremos cumplida y realizada, según sus anuncios y profecías, en cuanto el cristianismo, presentido y profetizado por ellas, entre con fuerza y vigor en las leyes, en las instituciones, en las costumbres.

Muchas arengas nos ha legado el mundo antiguo en este instante, que podemos llamar el ocaso de la clásica libertad. Si algunos poetas, más deseosos de vivir en su tiempo que de merecer la inmortalidad, claudicaron por desgracia, en cambio los hubo que volvieron por la razón humana. Aquellas teorías de Séneca el filósofo respecto á la voluntad; aquellas sublimes palabras de Lucano, revolviéndose contra la tiranía para entonar un cántico al derecho herido, nos reconcilian verdaderamente con el género humano y nos dicen cuánto duran y perduran el bien y la verdad en este nuestro misérrimo planeta. Pero la palabra del tribuno y del filósofo antiguo es una palabra de protesta, mientras que las débiles voces de aquellas dos mujeres judías expresan frases y fórmulas de incon-

testable afirmación. Dudad ahora de las ideas; creed que al mal y al error le tocan la última palabra en la consumación de los tiempos. Cesar, Tiberio, Augusto, los tiranos coetaneos de todos estos pasos, que ahora vemos en contemplación extática, subieron á la tiranía sobre los hombros de sus legiones; llenaron los templos con sus efigies y simulacros; se hicieron para sí unos tan enormes tronos, que las gradas parecían tener sus bases en las entrañas del mundo, así como el pabellón de su solio en los pliegues del cielo; y dos mujeres, dos débiles mujeres, cantando salmos de libertad, recogidos en las viejas tradiciones republicanas de su patria, derribaron aquellos soberbios en el polvo, y sobre las ruinas de sus aras y de sus altares, erigidos para contrastar á todas las fuerzas y vencer á todos los siglos, alzaron en su fe y en su esperanza el patíbulo de los esclavos y de los mártires, la cruz del Salvador. No conozco entre las arengas legadas por el mundo antiguo; no encuentro entre los estallidos sublimes con que la palabra, largo tiempo comprimida, tronaba en la revolución francesa invectivas contra los reyes comparables á la fulminada en el octavo capítulo y libro primero de Samuel, cuando Jehovah mismo compara, en su indignación, el principio monárquico al culto idólatra, y dice que rechazar el gobierno de los jueces

por el gobierno de los reyes equivale á rechazar Dios por Baal; pues el rey enganchará como bestias los hijos de Israel á su carro de guerra y desmontará los jinetes para constreñirlos á correr desalados delante de sus yeguas; cosechará lo que siembren y devorará lo que trabajen; arrancará sus hijas al hogar y las recluirá deshonradas en el serrallo; repartirá las siembras, los viñedos y los olivares entre sus favoritos y diezmará los ganados; disputará el pan que lleven á la boca y el vino que lleven á los labios para distribuirlos entre sus eunucos; tratarálos como á domésticos y azotarálos como á esclavos, tanto, que alzarán las manos en su dolor al cielo y no serán oídos por querer la tiranía de los reyes, mayor que la tiranía de los Faraones, y aceptar la servidumbre monárquica, peor cien veces que la esclavitud en Babilonia y en Egipto.

Todas estas ideas, que andaban por las inteligencias de aquellas mujeres, descendieron muy pronto á sus labios y estallaron en profecías expresadas por medio de ardorosos himnos. Podrá llamar una crítica de seca disección, al poner las ideas vivas en el estudio anatómico de los cuerpos muertos, podrá llamar videntes á las mujeres del Evangelio, como á cualquier maga ó hechicera de Asia, y visiones más ó menos neuróticas á sus mis-

teriosas esperanzas y á sus proféticos anuncios, como á cualquier horóscopo de vulgar adivino. Lo cierto es que han por completo cambiado la faz del planeta, y derretido la corona de los Césares, y tróncado las armas de las legiones, y puesto en movimiento hacia el ideal vivo los pueblos asentados en las tinieblas, y traído un espíritu nuevo al seno exhausto de la humanidad envilecida, y rehecho aquellas libertades que parecían expulsas para siempre al acallar la tribuna de los Rostros donde ardían los eternos principios del progreso universal, y entrado en la ergástula de los siervos para darles un derecho idéntico ante Dios y los hombres al derecho de sus empedernidos señores, y santificado la pobreza frente á las dilapidaciones del excesivo lujo, la humildad frente al despotismo de los tiranos soberbios, los amores del alma frente á las brutalidades y excesos del sentido, los que lloran frente á los ahitos, la justicia frente á la tiranía. Por eso el mundo no ha llamado sólo historias á las narraciones de todos estos acontecimientos, las ha llamado Evangelios; por eso la emoción, que despertaran en el ánimo, vivificó las tablas llenándolas de figuras inmortales como la palabra creadora llenó los espacios de soles y de mundos; por eso la oración, que sugiriera en los espíritus, alzó las piedras y

las hizo expresar ideas en las catedrales, cuyas cúspides frisan airosas con lo infinito; por eso ahora mismo estos cantares, acompañados por las notas que despiden las trompetas angélicas ante las aras y conducidos en las espirales del incienso determinan y alientan una incomunicable poesía, la cual toma todos los tonos y tiene todas las solemnidades múltiples de una grandiosa epopeya repetida en coro por cien generaciones. Yo de mí debo decir que allá, por mi lejana infancia, cuando, en los oficios de mi parroquia oía, bien el *Magníficat*, bien el cántico de Zacarías, exaltábase mi espíritu entero hacia el Creador, aunque no pudiera mi razón definir con claridad ni mi juicio apreciar con exactitud la trascendencia de todo cuanto en ellos se guardaba y contenía, reconocido y mostrado tan sólo en la inmanencia perdurable que alcanzan á una en el espíritu y en el mundo todas las grandes y luminosas ideas. Pero continuemos nuestra narración, mejor dicho, leamos á San Lucas. En cuanto vió Isabel á María palpítóle con fuerza el corazón y saltó la criatura que llevaba en su vientre. Después del ángel, á quien Dios confió el ministerio de su Anunciación santísima, el primero entre los seres á reconocer y pregonar el Redentor y la redención, fué Isabel, como que debía parir al Bautista. La primera manifestación

del esperado triunfo y del advenimiento de un Mesías, por ambas mujeres ya conocido, fué la viva confianza y seguridad en las celestiales promesas. A tal fe viva debe atribuirse aquella intuición maravillosa, por la que adivinara con tal certeza cuánto iba el mundo á presenciar en lo sucesivo. Así es que un sentimiento de divina exaltación la sobrecogió, viendo acercarse, tan modesta y humilde, á ella la madre divina del Salvador de los hombres, y la bendijo antes que la bendijeran y adoróla con verdadero culto antes que pudieran adorarla todas las venideras generaciones, diciéndola: «Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre.» Entonces vió pasar Isabel en su memoria todas las profecías y á su vista el cumplimiento realizado en aquella hora sublime. Colocada entre un ocaso y un alba, entre la edad antigua que acaba y la edad moderna que amanece, atribuye á la fe viva el cumplimiento de todo lo proféticamente anunciado en aquella prolongadísima sucesión de siglos y de profetas. «Bienaventurada la que creyó, dice, porque se cumplirá todo cuanto le anunciaran de parte del Señor.» Tal palabra resume toda la historia del pueblo escogido. Podría ser mucha esa vulgaridad irremediable, con que le dan en rostro sus eternos enemigos; mucho ese cruel egoísmo que le llevó á guardar el

carácter de tribu y á no adquirir el carácter de nación, aun después de amasados veinte siglos seguidos con todas las naciones modernas; mucha la empedernida ingratitud en su pecho y el aislamiento á que lo condenaban sus celos y sus recelos de todo el mundo: la fe viva en un ideal de justicia le alza hoy mismo entre todos los pueblos y hace que su Dios tenga los viejos altares y la nómada tienda del desierto en los templos donde rezan los pueblos cultos; y sus profecías y sus salmos, todas sus letras, resuenan en los oídos nuestros con igual veneración que cuando se dictaron, y el estudio y las meditaciones sobre su libro único serán el alimento intelectual y moral de todas las conciencias que brillan con verdadera luz y despiden verdadero calor en los infinitos cielos del espíritu. Isabel resumió en sublimes palabras toda la fe y toda la esperanza de su pueblo al decir que se realizaban las viejas profecías.

¿Y qué diremos del *Magnificat*, con cuyas estancias responde á Isabel María? El cántico gregoriano tiene sobre mí un especial influjo. Las monótonas salmodías con que acompaña el coro eclesiástico en las iglesias una letra de tanta tristeza como los versículos del *Miserere*, hanme conmovido más que las estancias sublimes de Allegri, aunque las haya oído entre los profetas y los

titanes de la Sixtina, tronando y maldiciendo. Pues creo que ninguno de cuantos compositores han trazado misas de Réquiem llevó nunca jamás en sus cadencias un escalofrío como el que despiertan en los ánimos piadosos las estrofas sublimes del *Dies Irae*. Yo creo escuchar el ruido que hacen las losas de los sepulcros cayendo y levantándose á una sobre los abismos, así como el resuello primero de los muertos resucitados al recoger en sus cóncavos pechos el aire de la vida y su terror al tener que presentarse todos sobre los escombros de un desquiciamiento universal en presencia del Supremo Juez para oír el postrero inapelable juicio. Pues el *Magnificat* produce un efecto contrario. Diríais que oís el cántico de triunfo. A sus cadencias la esperanza entra en el pecho, se impulsan con celeridad los movimientos de la sangre como un aire muy oxigenado y por ende muy puro. En Valencia, en aquellas festividades tan hermosas de nuestras iglesias, cuando, poco antes de la procesión, repicando á vuelo todas las campanas en regocijo continuo y encendiéndose todas las luces como estrellas por la noche, alzan los coros al cielo, ante la Virgen, ornada de pedrería, cuyas facetas producen chispas de colores, puesta sobre las andas y peanas de ángeles alados y nubes argénteas, revestidos por sus dalmáticas, al són de los

órganos y al aroma de los incensarios que azulan los aires y de la salvia y el espliego que tapizan los pavimentos, este *Magnificat* cantado por voces innumerables parece siempre el acento de una grande y alegre pascua, difundiendo felicidad y alegría por traernos al corazón y á las mientes una seguridad completa de la victoria del bien sobre el mal en la completa y feliz consumación de los tiempos. Lo he dicho muchas veces y lo renuevo ahora. El *Magnificat* me ha parecido de antiguo el cántico de la república cristiana, y, por tanto, de las repúblicas varias que fundaron en varias coyunturas históricas los ciudadanos de nuestros libres y democráticos municipios, los trabajadores que levantaron esas ciudades itálicas, en cuyas frentes ardieron las llamas del ideal progresivo, los montañeses que difundieron por las laderas de los Alpes el germen de una democracia que ha purificado de muchas manchas á Europa y guardado un germen de progreso bajo las doradas de su espíritu, los cristianos que alzaron en Holanda un verdadero santuario á la razón y á la conciencia libres, los puritanos de Inglaterra, los cuáqueros de América, los apóstoles de la libertad universal. ¿Y en quién podríamos personificar mejor, en qué simbólica, esta forma de gobierno tan hermosa, erigida sobre nuestros errores y nuestros